

tes; la estiende á todas las ofensas, y el perdón á todas las injurias. El cristianismo no prohíbe solamente la venganza, sino que condena hasta el odio: la arroja del corazón, poniendo en su lugar el amor de los enemigos. El cristiano tiene obligaciones que cumplir, aun hácia sus mas ardientes perseguidores: no satisface su deuda absteniéndose de dañarlos; una ley particular estiende hasta sobre ellos la caridad fraterna: les debe afectos sinceros, servicios efectivos. Jesucristo le dá el precepto de rogar por sus enemigos, y el ejemplo de vertir su sangre por sus verdugos. Pero si prohíbe la venganza, no prescribe la defensa legítima. La reparacion que no se ha podido obtener de un hermano, no prohíbe solicitarla ante la autoridad; y al prohibir el hacerse justicia, permite demandarla á la ley.

El hombre, sobre la tierra, es entregado á la desgracia. Desde el grito de dolor que arroja al entrar en el mundo, hasta su último suspiro, su vida entera es una série de adversidades. Entregad á la filosofía este ser doliente: por todo alivio le aconsejará la paciencia. ¡Triste remedio! si es que pueda llamarse así lo que no es sino una sumision á la necesidad; mas devolved este mismo desgraciado á las manos de la religion; ésta le enseñará la causa de sus dolores y su uso; él verá sobre la cruz en que su Dios ha espirado, el remedio de sus males; y uniendo sus sufrimientos á

los de Jesucristo, les dará un precio y un valor real. ¡Sublime idea, la de hacer servir á la felicidad del hombre su misma desgracia, y de hacerle un manantial de méritos de lo que habia sido la pena de su pecado! Véase el verdadero espíritu de la mortificacion cristiana; no proscribire como se le imputa, los placeres inocentes; pero refiriéndolos al verdadero objeto para que fueron dados al hombre por la Providencia, permite su uso como descansos agradables, y prohíbe apegarse á ellos como á un bien sólido. Ella recibe la desgracia con resignacion, como castigo del primer pecado; con sumision, como pena de las faltas personales; con valor, como prueba en la cual se depura y fortifica la virtud; con reconocimiento, como amonestacion por la cual Dios nos vuelve á su servicio; con alegría, como medio de asemejarse á Jesucristo sobre la tierra y de reunirse á él en el cielo. Ella encuentra dulzuras en las austeridades de que se carga; goza de las privaciones que se impone; y haciendo de todos sus sacrificios un tesoro de méritos, lo deposita con una generosa confianza en manos fieles, que algun dia se lo devolverán con usura.

Los que condenan con tanta injusticia las abstinencias prescritas por el cristianismo, no titubean en celebrar la templanza austera de los estoicos; estos filósofos famosos, los primeros moralistas de la antigüedad, habian reconocido la

necesidad de domar su carne para mortificar sus pasiones. Así es, que nuestros maestros en la religion nada nos enseñan que la razon no hubiese ya presentido, cuando nos instruyen que debe fortalecerse el espíritu por la mortificacion del cuerpo, y abstenerse de lo que es permitido, para no caer en lo que está vedado; pero miran como desordenadas esas abstinencias indiscretas que pudieran alterar la salud. Dirigid la vista sobre los sagrados asilos en que son practicados con exactitud estos santos rigores, en que los mismos consejos se han convertido en preceptos, y veréis si no se encuentran allí mas viejos que entre las devorantes fiestas del mundo. A la intemperancia del siglo es á quien deben reprocharse esos suicidios lentos, tan injustamente imputados á la abstinencia cristiana, que al contrario nos preserva de ellos.

Ni conocen mejor el espíritu del Evangelio, los que lo acusan de hacer á sus discípulos estraños á todos los intereses temporales: estos eran las recompensas terrenas que solicitaba el pueblo de Dios en la observancia de su ley; y nuestro divino Legislador no se desdeña unir estos motivos á las sublimes esperanzas que propone. Colocado en el seno de la sociedad, el cristiano no se aísla de sus semejantes; hijo, padre, esposo, magistrado, guerrero, negociante, en cualquier estado que la Providencia lo haya establecido, siempre tiene in-

tereses humanos, personales ó ajenos que arreglar, pesar, conciliar y defender, y siempre su religion pone al frente de sus deberes los de su profesion. Lejos de prohibir los bienes temporales, arregla su uso; y tan distante de hacer un crimen de su posesion, enseña á adquirir méritos en la misma. Así es como une los intereses de la tierra á los del cielo: no sacrifica los unos á los otros, sino los subordina; ¿y esta subordinacion, no es, en sí, justa, razonable y útil? ¿Qué relacion, qué medida comun puede haber entre las riquezas, los honores, los bienes todos de la tierra reunidos juntamente, y la felicidad á la que nos dirigimos? Véase el fundamento de la abnegacion que ordena el cristianismo. Ella no nos separa, sino nos despega de los bienes terrenos; nos enseña á esperarlos sin impaciencia, á recogerlos sin ansia, á poseerlos sin apego, á perderlos sin dolor, á gozar de esta suerte, segun se espresa el Apóstol, de la sombra pasajera de este mundo, como si nada se gozase. Esta sublime virtud no podia hacer parte de la moral pagana, cuyas reglas todas se circunscribian á los negocios de la tierra. Apenas esta imperfecta legislacion daba la idea del desinterés, cuyo grande objeto consiste en no hacer prevalecer los intereses propios sobre los de la sociedad. Jesucristo, es el único legislador que haya elevado al hombre sobre este sistema terreno, y colocádolo á una altura, en que el torbellino de los in-

tereses temporales no puede llegar á él y arrastrarlo tras sí.

Estos preceptos, por tanto, mas relevantes, que nosotros debemos al cristianismo, y que jamas han sido ni podido ser consignados en ninguna otra ley, porque estriban en principios propios á la ley cristiana, son presentados por la incredulidad de una manera inexacta: ella presenta falsas ideas, para combatirlos con ventaja; y afecta mirar como virtudes cristianas, los escesos que la religion cristiana reprueba. No es, pues, la moral de Jesucristo la que atacan nuestros adversarios: persiguen un fantasma que ellos mismos se han formado, y para justificar nuestra santa ley, basta mostrarla tal cual es.

Sin duda el espíritu de estos grandes mandamientos, es el de combatir continuamente las pasiones, de dominarlas y desarraigarlas si fuera posible. ¿Pero es esta una moral falsa ó exagerada? Nuestros pretendidos filósofos quieren hacer de las pasiones mismas la base de su moral; servirse de ellas para dirigir al hombre: y concediéndoles lo que juzgan necesario á la felicidad, pretenden sustraerles así mas eficazmente lo que es dañoso para la virtud. Sistema poco reflexivo que descubre un conocimiento bien superficial, tanto del hombre como de las pasiones. El carácter peculiar de la pasion es la insaciabilidad: cuanto mas ha obtenido, tanto mas exige; se irrita con lo que

se le otorga, y sus placeres no hacen sino exaltar sus deseos: es como un fuego que se aumenta con lo mismo que devora. ¡Y así es como ministrándole alimento, se pretende contener sus estragos! ¡Directores inconsecuentes! Vosotros confesais que hay un punto en que la pasion se convierte en dañosa; y siendo negligentes en prevenir este momento funesto, la haceis aun mas peligrosa: dejais á la pasion fortificarse antes de combatirla; preparais al hombre al combate, habituándolo á ceder; comenzais por penetrar su imaginacion de todos los encantos de la pasion, á la que algun dia le diréis que resista; aguardais el momento de su embriaguez para hacerles escuchar el idioma de la razon; pensaréis, en fin, en replegar las velas, cuando el bajel, fatigado de la tempestad, estará próximo á sumergirse. ¡Ah! ¡cuánto mas sábia y consecuente es esta moral exacta, que enseña que toda pasion es peligrosa tan luego como comienza á existir; que la combate desde su nacimiento; que no le permite el menor progreso! Jamas deben celebrarse convenios con un enemigo siempre armado en nuestra contra; y tal es el objeto de esos preceptos santos, con los que Jesucristo ha sobrepujado todas las lecciones de la razon humana.

Observad, en efecto, cuáles son esos preceptos que este divino Legislador ha elevado al mas alto grado de perfeccion, y veréis que son todos aque-

llos cuya observancia es la mas penosa, porque contrarían todas las pasiones. La modestia es costosa al orgullo; la clemencia al resentimiento; la paciencia á la sensualidad; la templanza á la codicia; el desinterés á la avaricia y á la ambicion. Abandonad al hombre á la direccion de sus leyes, á las lecciones de sus filósofos, á los recursos de su ingenio; y experimentará un combate continuo entre la virtud y la pasion, entre la inclinacion que arrastra y el precepto que contiene. El tendrá sin cesar que resolver cuándo debe obedecer á éste, y cuándo puede ceder á aquella. Su vida entera se consumirá en calcular hasta qué grado debe ser modesto, clemente, paciente, templado, desinteresado; y este juicio tan delicado é importante entre la inclinacion y el deber, tendrá que pronunciarse en el momento de la pasion. Bajo la ley santa que adoramos, toda discusion es aniquilada, toda composicion con las pasiones proscribita. Jesucristo dice al hombre: tú seras modesto hasta la humildad; clemente hasta el amor de los enemigos; paciente hasta la mortificacion; templado hasta la abstinencia; desinteresado hasta la abnegacion. Para sostener la debilidad humana, refuerza su ley; coloca los mandamientos penosos de la ley natural bajo la proteccion y como la salvaguardia de los preceptos de un órden superior.

A estos preceptos de una perfeccion tan rele-

vante, se unen consejos de una santidad todavia mas sublime. Guardémonos de confundir los consejos del Evangelio con los preceptos de la ley. El grande Apóstol nos enseña á distinguirlos; y el mismo Jesucristo habia marcado la diferencia entre las obligaciones que impone, y los medios de perfeccion que presenta.

Si propone sus consejos á todos los hombres, no es para que todos se conformen á ellos, sino para que conociéndolos todos, cada uno pueda seguir lo que le convenga, y dedicarse al género de perfeccion mas acomodado á su naturaleza. ¿Y de cuánta utilidad no son estos consejos, para afirmar la observancia de los preceptos? Cuando se asigna un mérito á la pobreza voluntaria, se percibe el deber de la abnegacion: si renunciar á su voluntad es mirado como una perfeccion, el desasimiento de las cosas humanas, será fácilmente juzgado una obligacion: donde la continencia tiene honra, la castidad debe ser practicada. El espectáculo de tantas personas piadosas, que lanzándose mas allá de los límites de la ley, recorren á grandes pasos la senda de los consejos evangélicos, escita, sostiene y reanima sin cesar el fervor de los que han dejado á sus espaldas; su ejemplo quita toda excusa á la prevaricacion. ¿Qué hombre se atreverá á pensar que la observancia de los preceptos es sobre sus fuerzas, viendo á tantos hombres tan débiles como él, obrar con-

tinuamente mas allá de lo que les está mandado?

Los pretendidos filósofos tratan de exaltacion y fanatismo estas santas prácticas de los consejos evangélicos. Pero Jesucristo conocia mejor que todos estos vanos y frívolos moralistas, el corazón humano, incapaz de contenerse, marchando sin cesar de deseos en deseos, y desde que ha poseido un objeto, apresurándose al punto á correr en pos de otro. Él se sirve de esta misma agitacion de nuestro corazón, para fijarlo en la práctica de la virtud. Sus consejos presentan siempre un punto de perfeccion á que aspirar. Mientras que el hombre mora sobre la tierra oprimido del peso de su cuerpo, no puede elevarse tan alto, que aun no le queden grados que recorrer. Por lo mismo que la idea de la perfeccion no tiene límites, el cristiano es arrastrado siempre hácia una perfeccion mas grande, y sus esfuerzos continuos escluyen toda negligencia y previenen toda relajacion.

Ademas del carácter de sabiduría y de perfeccion de la ley, nosotros hemos indicado el de su bondad y utilidad. Los preceptos evangélicos no tienden menos á la dicha del hombre que á su santidad; y sea que se le aisle y se le considere en sí mismo, ó que se examinen sus relaciones con sus semejantes, se vé siempre esta ley bienhechora ocupada en hacerlo feliz. Y no os hablamos aquí, cristianos, de la felicidad á que la religion nos conduce, sino de la que nos procura en

este mundo. No solamente promete la dicha, sino que la dá. La piedad es útil para todo: contiene las promesas, así de la vida presente, como de la futura.

Considerad cuál es el mayor obstáculo á la felicidad del hombre sobre la tierra, y veréis que son sus pasiones. La ley que mas fuertemente las reprime, es la que contribuye con mas eficacia á la felicidad. ¡Cuán insensatos somos! nosotros miramos como una desgracia la obligacion que ella nos impone de resistir á nuestras pasiones, y no percibimos cuánto mayor mal seria el ceder á estas. Cuesta infinitamente mas el satisfacer una pasion, que sacrificarla. Observad en el término de la vida á dos hombres, de los cuales el uno, siempre señor de sí, ha dominado constantemente sus pasiones; y el otro, continuamente dominado por ellas, ha ido sin cesar en su seguimiento; y comparad las porciones de dicha y de desgracia que cada uno de ellos ha recibido: poned en la balanza, de una parte, el pesar de la privacion y la pena del combate; y de la otra, los largos arrepentimientos de la intemperancia, las sensibles consecuencias de la prostitucion, los ciegos arrebatos y los furiosos zelos del amor, las frecuentes humillaciones del orgullo, las bajezas, las inquietudes, los placeres emponzoñados de la ambicion, las sospechas, los terrores, las privaciones de la avaricia, las agitaciones despedazantes de la en-

vidia, las violentas convulsiones de la cólera, las horrorosas represalias de la venganza, y sobre todas estas torturas, los remordimientos perseguidores que se apegan al alma culpable, la siguen en todos los lugares, y la devoran sin tregua: y pronunciad en seguida, si os atreveis, si la ley que ordena al hombre combatir sus pasiones, lo condena á la infelicidad.

Sin duda es muy costoso arrancar del corazón las pasiones que le son tan queridas: el combate contra sí mismo, es cosa muy penosa. En el áspero sendero de la virtud, los primeros pasos son trabajosos: al principio se marcha con fatiga; pero cuando se ha llegado á una cierta altura, comienza á sentirse mas plano; las dificultades disminuyen, el ejercicio de la virtud aumenta la fuerza para sobrepajarlas. Independientemente de los socorros poderosos de la gracia, que no faltan jamas á los que la solicitan y secundan, el hábito solo de vivir bien facilita la práctica de la virtud: las pasiones constantemente reprimidas se sublevan menos violentamente, y terminan por acostumbrarse al yugo; los combates reiterados traen, por fin, la tranquilidad, y á fuerza de victorias se llega á adquirir la paz.

Esta paz interior, este bien tan precioso del alma, que S. Agustin define tan exactamente, *la tranquilidad del orden*, no la conocerá jamas el hombre entregado á sus pasiones: su corazón, ha

dicho el Espíritu Santo, es como un mar tempestuoso, en que las olas agitadas desbordan sin cesar, y van á arrojar afuera el fango impuro de que están cargados. El corazón del verdadero cristiano es el santuario de la paz: nada turba su venturosa calma; no las agitaciones de la duda, porque ellas son la herencia de los incrédulos; no tampoco el terror de los juicios de Dios, pues este es la primera pena de los malvados.

La paz con Dios es el fundamento de la paz consigo mismo: ella tranquiliza sobre lo pasado, hace gozar de lo presente, asegura para lo porvenir. Las mismas desgracias exteriores, las adversidades de la vida, los males del cuerpo no alteran la felicidad interior del perfecto cristiano. La caridad lo hace todo ligero: quita á las privaciones su amargura, á las pérdidas sus pesares, á los enfados sus disgustos, á las enfermedades sus angustias, á los padecimientos sus dolores. La pasión mas ardiente no dá para sostener las penas de la vida, un valor tan esforzado, y sobre todo tan sostenido, tan general, tan á la prueba de todo, como el que inspira la caridad. Así es, que en cualquiera situacion que se encuentre el cristiano, lleva siempre en sí la dicha en el seno de la prosperidad; sus placeres son puros y firmes, porque su religion le enseña á moderarlos. Nuestra facultad de gozar es limitada como todas las demas. Los placeres del mundo encuentran su

término en su misma multitud; el uso inmoderado los aniquila, y no deja en su lugar sino el disgusto de la saciedad y el vacío del tedio. ¡Justo juicio de la Providencia, que ha querido que todo abuso encerrase en sí su pena! Los placeres de la conciencia son los únicos eternos. El cristiano viene á ser presa de la adversidad; aquí resalta el triunfo del cristianismo. Incrédulos, ¿osaríaís poner vuestros principios desesperantes, en paralelo con los consuelos afectuosos que aquel desenvuelve? Vosotros ofreceís á la parte mas numerosa del género humano, por único recurso la nada; así le arrancaís hasta la esperanza. ¡Ah! aun cuando solo fuese por lástima á sus desgracias, dejadles bendecir una religion que les hace preciosos sus padecimientos, por su conformidad con los de su Redentor; que les ofrece inmensas compensaciones por todos sus males, que dá un precio á cada una de sus penas; que les produce tantos méritos y títulos, á una felicidad sin límites ni fin.

Seguid al hombre del seno de su vida privada, al medio de sus semejantes: allí hallaréis tambien á la religion derramando sobre él nuevos beneficios. La religion se coloca en el centro de la sociedad para aproximar todas las partes; todo lo que dividen las pasiones y los vicios, todo lo que separan las preocupaciones y las instituciones humanas, la religion lo abraza y lo reúne. Ella liga

al rico con el pobre por las dádivas, y al pobre con el rico por el reconocimiento; establece entre los grandes y los pequeños una comunicacion de beneficencias y de servicios; envia al afligido consoladores; provee apoyos al huérfano y á la viuda; manda á cada desgraciado distribuidores de cada género de socorros. Dirigid la vista sobre todos esos grandes monumentos de la beneficencia del cristianismo hácia la sociedad: contemplad esos vastos edificios, donde todos los enfermos vienen á buscar la curacion, donde las enfermedades desesperadas experimentan alivio, donde la vejez indigente encuentra, en fin, el descanso despues de dilatados trabajos, y termina en paz los dias consumidos en la pena; donde el infante abandonado recibe la leche que le rehusa el pecho materno, donde el huérfano halla nuevos padres, donde el demente, alejado de la sociedad que él perturbaria, ve prodigársele socorros que no está en estado de agradecer: la religion es quien ha levantado estos preciosos asilos, quien los ha enriquecido, quien, al lado de los infelices que allí ha reunido, ha conducido á sus generosos bienhechores. ¿La sociedad se atrevería á confiar á manos mercenarias, unas funciones que solo la virtud mas pura pueden dignamente ejercitar? Solo, pues, la religion es la que puede ofrecer un digno salario á esa sangre fría, que á cada instante desprecia el contagio y la muerte; á esa sensibilidad ilustrada,